

# Las Claves del Agua

②

ISSN 2952-4938  
MARZO 2025

## LA GESTIÓN DE LA SEQUÍA



# INFORMAR EN SECO: CÓMO COMUNICAR (MEJOR) LOS CONFLICTOS DEL AGUA

José María Montero Sandoval

Director de “Espacio Protegido” y  
“Tierra y Mar” (Canal Sur Televisión)

## Resumen:

La opinión ciudadana en torno a los conflictos del agua, sobre todo en épocas de escasez, se construye, en gran medida, a partir de las informaciones que proporcionan los medios de comunicación generalistas, y en particular la televisión. La agenda política también se ve condicionada por el discurso periodístico, de manera que, con frecuencia, los equívocos y tensiones en torno a esta cuestión están directamente vinculados a la calidad, y veracidad, de la información que se traslada a los ciudadanos. El atractivo que generan los sucesos, las malas noticias, complica aún más este panorama porque puede producirse un abuso de información catastrofista que apela a la emoción más que a la razón. ¿De qué manera podemos mejorar la información en torno a los conflictos del agua? ¿Es sólo responsabilidad de los medios de comunicación o también depende de unas fuentes que no siempre son accesibles y rigurosas?

**Palabras clave:** periodismo ambiental; catastrofismo; conflictos del agua; medios de comunicación; opinión pública.

La secuencia es de sobra conocida para los que vivimos sometidos a los ciclos del clima mediterráneo: después de un largo periodo de sequía, en el que se han visto comprometidos todo tipo de aprovechamientos además del propio abastecimiento urbano, aparecen, por fin, las lluvias. Si son lo suficientemente generosas hay una lógica sensación de alivio. En los medios de comunicación todos celebran la nueva tregua y, por unos días, el fantasma de la falta de agua, y todo el estrés asociado al mismo, pasará a un segundo plano. Es posible que este sea el comienzo de un nuevo capítulo en eso que algunos denominan el ciclo hidro-ilógico: cuando el recurso abunda nos relajamos, olvidando las acciones que podrían evitar futuros problemas de escasez, y cuando la sequía nos alcanza se multiplican las tensiones, el peor escenario para buscar soluciones a corto plazo.

La tensión y el relajo, el estrés y la despreocupación, están determinados, en gran medida, por factores emocionales, y no tanto racionales, que, con demasiada frecuencia, se alimentan de informaciones oportunistas y poco rigurosas. Seamos sinceros: más allá del debate científico, de los argumentos que exponen los especialistas o de las consideraciones que defienden las instituciones y colectivos competentes, el discurso en torno al agua se construye en los medios de comunicación. El relato que más pesa en los ciudadanos es el de los mass media y en particular el de la televisión. Un relato que condiciona el imaginario colectivo, que determina los mitos, las suposiciones, los prejuicios y, lo que es peor, las falsedades.

Después de cada periodo de sequía vuelvo a celebrar la lluvia, aún sabiendo que en cualquier momento alguien, a cuenta de unos cauces que quizá recuperen

su caudal, reclamará que “los ríos dejen de tirar agua al mar”, que se construyan más pantanos “porque es la única manera de no desperdiciar este agua”. Y también aparecerán las reclamaciones a favor un incremento de los regadíos “como factor de riqueza”, los trasvases como “herramientas de justicia y equilibrio”, o las desaladoras como la “solución definitiva”. Todos estos argumentos están contaminados por la emoción y condicionados por los posicionamientos políticos, de manera que no es fácil encontrar en los medios de comunicación una postura crítica y ecuánime que sirva, al menos, para revelar ventajas e inconvenientes, costes y beneficios, para así mostrar la verdadera complejidad del problema.

No queremos informaciones complejas. No las quieren los ciudadanos y han terminado por rechazarlas los propios medios de comunicación (sobre todo la televisión). “Si tengo que explicarlo”, me decía un compañero de profesión, “renuncio a contarlo”. ¿Cómo resumir en los 60 segundos escasos que se dedican a una noticia en televisión un asunto tan complejo como el de la disponibilidad y aprovechamiento del agua? Por eso triunfan los sucesos sobre los procesos, porque los primeros requieren de poco esfuerzo, de poca interpretación y análisis, y se consumen con facilidad: son la *fast food* del periodismo. Me puedo quedar en el relato simple de una protesta de agricultores que reclaman agua, o bien ocuparme en hacerme todas esas preguntas que en la universidad nos aseguraron que eran imprescindibles para una buena información: ¿qué?, ¿quién?, ¿cómo?, ¿causas?, ¿consecuencias?, ¿actores?... Para responder a estas preguntas se requiere tiempo y capacitación, dos elementos de los que no siempre disponemos y, lo que es peor, recursos que muchas empresas de comunicación no consideran imprescindibles.

Algunas de las consecuencias, perversas, de esta apuesta por la información sencilla, de fácil consumo, son la vulnerabilidad, el desconocimiento y, finalmente, la mala praxis. Abundan los comunicadores que se enfrentan a situaciones de gran complejidad sin los conocimientos mínimos: “Ya están aquí los que tanto saben de cubrir crisis, y nada saben de las crisis que tienen que cubrir” (resumía, con sorna, Rosa María Calaf <sup>1</sup>). Aparece, asimismo, el “periodismo por ósmosis”: uno adquiere conocimientos, providenciales, sobre la noticia al colocarse en el lugar donde se ha producido, y no al contrario (a uno lo envían a cubrir esa noticia porque ya tiene conocimientos sobre la cuestión). Y, por último, medios

y profesionales terminan por caer entregados a la información convocada (ruedas y notas de prensa), donde a los comunicadores se les ahorra el esfuerzo de analizar, donde las agendas se dictan fuera de los medios, donde el interés lo marcan otros intereses que no siempre coinciden con los de los ciudadanos. En resumen, la combinación de todos estos factores produce un exceso de información de baja calidad y profundidad, información que poco ayuda a la comprensión de temas complejos pero de una honda repercusión social, como ocurre con aquellos que giran en torno al agua.

Sería injusto atribuir a los periodistas y a las empresas de comunicación todas estas anomalías, porque en el proceso de trasladar una información al gran público intervienen, al menos, otros dos actores decisivos: las fuentes (a las que acudimos en busca de la materia prima que conformará la noticia), y los propios receptores (de los que requerimos una cierta capacidad crítica para saber interpretar, y discriminar, lo que les ofrecen los medios).

Hecho el diagnóstico y la autocrítica, apuntados todos los escollos que hay que sortear en busca de una información de calidad, hay que plantear soluciones, de las que voy a apuntar algunas en este artículo. ¿Qué podemos hacer para mejorar la información en torno a los conflictos del agua?

## ESCAPAR DE LA TRAMPA DEL SENSACIONALISMO

El suceso (sequía) debería conducirnos a revelar el proceso (causas, consecuencias, actores y soluciones). En el nuevo escenario informativo, donde las RRSS trabajan en tiempo real, no tiene sentido la obsesión por la primicia que aún defienden algunos medios, obsesión que repercute en la calidad de la información. ¿De qué sirve correr si lo importante es entender y hacerse entender? Lo que necesitamos es tiempo, capacidad de análisis (que depende de una buena formación) y fuentes disponibles y rigurosas.

El tiempo y la capacitación están íntimamente relacionadas con las condiciones laborales, que no siempre son las mejores en el colectivo periodístico: es imposible un periodismo digno en condiciones indignas.

<sup>1</sup> Calaf, R.Mª (2010, 9 de noviembre). Siglo XXI. Periodismo de usar y tirar [Conferencia] Forum Deusto, Universidad de Deusto, Bilbao, España. Disponible en: [enlace](#)

## ATRIBUCIÓN SENSATA DE RESPONSABILIDADES

Este elemento, imprescindible cuando nos dedicamos al periodismo ambiental, también depende de una capacitación mínima y una agenda de fuentes fiables. Por ejemplo, resulta ridículo seguir insistiendo (sin otros matices) en el ahorro doméstico de agua que, aún siendo importante y, sobre todo, tremendamente pedagógico, nada tiene que ver con el peso de los ahorros que deberían conseguirse en otras actividades, y en especial en la agricultura, donde se concentra el mayor consumo. Tampoco es justo hablar de la agricultura como un todo, porque hay cultivos donde la rentabilidad (económica y social) del agua es altísima y en otros no, y porque hay explotaciones que han hecho un notable esfuerzo tecnológico para reducir el consumo mientras que en otras se desperdicia el recurso sin miramientos. En esta atribución de responsabilidades es más importante el coste oculto (huella hídrica) que el evidente (un grifo que gotea).

Lo mejor es situar el relato en lo conocido y cercano (periodismo de proximidad), porque es en donde el ciudadano se reconoce, donde percibe la trascendencia de algunos problemas. Estoy seguro que muchos habitantes de Sevilla, a pesar de la cercanía con la comarca

de Doñana y de la insistente información sobre el deterioro de este humedal, no tienen muy claro cuál es el impacto del regadío en la conservación de este espacio protegido: ¿es mucho?, ¿es poco?, ¿merece la pena? No se trata de defender o de demonizar, sino de elegir, como sociedad, qué queremos hacer con el recurso agua, a qué queremos destinarlo, porque la oferta no es ilimitada y sólo cabe organizar con sensatez la demanda, asumiendo todos los costes y beneficios de nuestras decisiones.

## LA CIENCIA FRENTE A LOS MILAGROS

Cualquier información en torno a los conflictos del agua debe soportarse sobre el conocimiento científico, y no caer en eso que Fernando Valladares llama “el círculo de los milagros”, por el cual alguien promete agua donde no hay y nos trata de convencer, ignorando el cálculo de los especialistas, que el recurso se puede “generar”, “producir”, “inventar”. Los recursos naturales son finitos, pero hemos alimentado el mito de que, en realidad, son infinitos: si no llueve lo suficiente construimos pantanos para almacenar agua; si los pantanos no son suficientes planteamos trasvases; si con los trasvases no nos alcanza recurrimos a los acuíferos; si los acuíferos se agotan podemos explotar acuíferos profundos; si esas reservas no dan para todo



lo que necesitamos podemos instalar desaladoras, o regenerar agua, o... ¿Cuál es la siguiente solución en este relato infinito? ¿Solucionaremos los conflictos del agua a golpe de tecnooptimismo? Claro que hay que celebrar todas las herramientas de las que es capaz el ingenio humano, pero el recurso, nos guste o no, tiene un límite, todos los recursos naturales lo tienen.

El agua no es un recurso escaso, ni siquiera en Andalucía, al igual que no son escasos los alimentos cuando hablamos del hambre en el mundo. Fuera del círculo de los milagros, el problema tiene que ver con el reparto, con la gestión de la demanda, y no con la multiplicación (utópica) de la oferta.

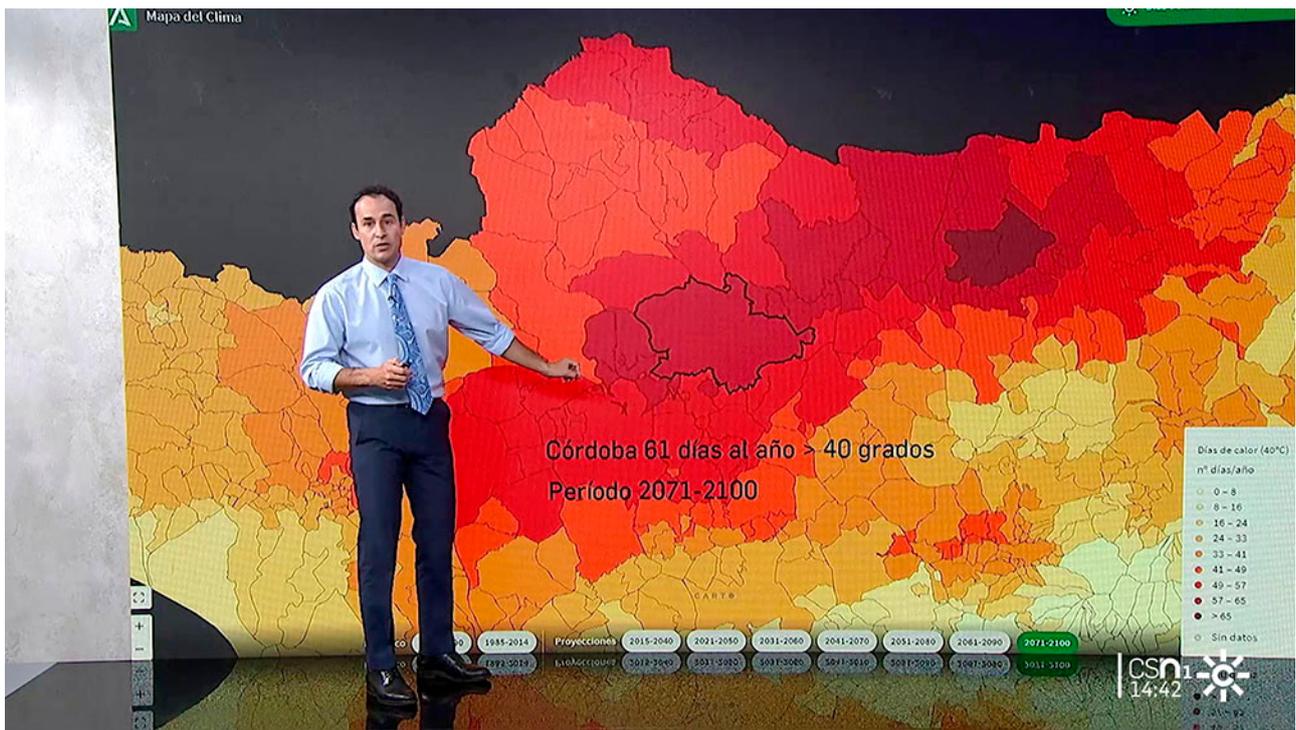
Frente a este relato, bastante común, ¿cuál es la tarea de los periodistas? Revelar el coste, oculto, de la inacción ambiental. Si nos asustan con el precio de la acción, lo lógico es mostrar, también el precio de la inacción. ¿Qué impactos vamos a soportar si no ordenamos el recurso, si no regulamos la demanda? Y, sobre todo, ¿quién va a pagar ese impacto? La huella hídrica, como todas las variantes de la huella ecológica, se soporta en los territorios más desfavorecidos y en las generaciones futuras. Somos capaces de sobreexplotar nuestros recursos porque los importamos de zonas menos desarrolladas (en forma de alimentos, por ejemplo) y porque hipotecamos la disponibilidad que de ellos tendrán nuestros hijos y nietos.

## EL PRECIO DE LA INNACCIÓN

En este tira y afloja, en este diálogo tensionado sobre oferta y demanda, sobre los usos más eficientes del recurso, los que insisten en multiplicar la disponibilidad de agua (aún contradiciendo los argumentos científicos) ponen el acento, como es lógico, en el precio de una gestión razonada del consumo. Aplicar cautelas ambientales exageradas, sería el núcleo de ese discurso, tiene un enorme impacto económico y social: si ordeno, si limito, si sanciono... el coste será terrible, en PIB, en puestos de trabajo, en votos, en disponibilidad de alimentos...

## EL ESPACIO DE LA MENTIRA

La credibilidad perdida, que es el precio que finalmente pagamos los medios si no ofrecemos información de calidad, no sólo deja importantes secuelas en las empresas de comunicación sino que, además, provoca el crecimiento de los bulos. El espacio que no es ocupado por el periodismo creíble está siendo ocupado por el periodismo increíble (aunque este carácter no lo adviertan muchos receptores). Lo que nosotros, medios y fuentes responsables, no seamos capaces de narrar de manera asequible, rigurosa y fiable (y los conflictos del agua son un buen ejemplo de esta



anomalía) será narrado por otros de manera engañosa y falsa. La mentira, intencionada o no, tiende a ocupar todas las grietas que va dejando una credibilidad mermada. El espacio de la mentira va creciendo y cada vez resulta más difícil de reconquistar.

En este esfuerzo por mejorar la comunicación en torno al agua, resultan decisivas iniciativas como las que impulsa Emasesa con esta publicación, con el Observatorio del Agua o con la celebración de numerosas jornadas técnicas. No sólo porque se multiplica la información de calidad sino porque, además, se refuerzan los lazos de conexión con otros colectivos, evitando la endogamia y las prédicas al coro. En este esfuerzo son necesarios los especialistas, los gestores, los políticos, pero también los comunicadores, los ecologistas, los consumidores... Un problema complejo

precisa de un análisis reposado al que se incorporen diferentes miradas. Ahora, más que nunca, se necesita una comunicación conciliadora donde esté presente la diversidad, donde podamos conocer todos los elementos en disputa, una comunicación plural en donde todos los actores pueden incorporarse a esa búsqueda de soluciones creativas y colaborativas.

Esta manera de proceder, además, nutre de argumentos a lo que se ha dado en llamar “periodismo de soluciones”: escapando del suceso y la catástrofe lo que necesitamos son soluciones, que las hay, divulgar alternativas reales que conduzcan a la esperanza, porque esta, la esperanza, es el motor de la acción. Todo lo demás es comunicar en seco, prisioneros del suceso, el conflicto y el pesimismo, una combinación que sólo conduce a la angustia o la indiferencia.



---

## Referencias bibliográficas

Valladares, Fernando (2023). *La recivilización. Desafíos, zancadillas y motivaciones para arreglar el mundo*. Ediciones Destino.

León, Bienvenido; Moreno, Carolina; Revuelta, Gema; Refojo, Cintia y Sanz, Elena (Coords) (2023). *Informando de ciencia con ciencia*. Penguin Random House Grupo Editorial.

Mercado, María Teresa, y Teso, María Gemma (Coords) (2024). *Ética de la comunicación ambiental y del cambio climático*. Editorial Tecnos

Ponencias del XV Congreso de la Asociación de Periodistas de Información Ambiental (APIA) (2023). [en línea] *El agua cuenta*. Disponible en: [enlace](#)

Las  
Claves  
del  
Agua



**EMASESA**



**OBSERVATORIO  
DEL AGUA  
DE EMASESA**



[www.emasesa.com](http://www.emasesa.com)